

hombre en el cosmos» que ampliamente utilizó Terán en «Una ética de conservación y protección de la naturaleza»); o la responsabilidad del geógrafo ante los procesos urbanos; o su preocupación sin magnificación inoportuna de los centros históricos urbanos, o la revalorización de la «calle», «barrio» y «espacios públicos» de la ciudad como instrumentos de análisis urbano; o la preocupación por esas «geografías ocultas», que en opinión de Gómez Mendoza «testimonian su capacidad de innovación y renovación y que, en su momento, para algunos de nosotros, fueron bosques, que árboles de nuestra propia vida no nos dejaban ver»; como sus glosas de libros de viajes y de descubrimientos, aventuras y periplos, su estudio de los jardines, etcétera. En suma, la expresión todo ello de una gran cultura pero también el espíritu previsor de todo un pionero.

Me parece acertada, pues, la sugerencia respetuosa y matizada que Solé hace en un artículo que ustedes también encontrarán en la obra que presentamos: «casi puede decirse —afirma— que la geografía moderna empieza en España con Terán y sin duda en Cataluña con Pau Vila. Aun cuando los estudios de Terán y de su escuela caen sobre un mullido geográfico anterior y van precedidos de una tradición accidentalmente algo sazónada (Dantín, Carandell, Hernández Pacheco, Melón, Eloy Bullón, Chico, etc.), en realidad se carecía de todo pasado universitario».

Razones todas ellas para que la Asociación de Geógrafos Españoles se sume en este homenaje al gran maestro de la Geografía española, agradeciendo mucho a la Universidad Complutense que lo haya materializado en dos excelentes publicaciones, pues ellas testimoniarán a la posteridad la hondura del pensamiento geográfico de don Manuel de Terán, así como los sazónados frutos que muchos de sus discípulos ya están cosechando, convirtiéndolos a su vez en maestros. Don Manuel de Terán, pues, maestro de maestros en la Geografía española. Muchas gracias.

Antonio LÓPEZ ONTIVEROS

RELACIONES DE MANUEL DE TERÁN CON LAS GEOGRAFÍAS Y LOS GEÓGRAFOS EXTRANJEROS

Henos aquí reunidos —como colegas, estudiantes, quizá discípulos, en todo caso amigos y fervientes admiradores— en recuerdo y homenaje a Manuel de Terán. Después de las palabras que acabo de oír y de las motivaciones y sentimientos expuestos, he de confesarles que intervengo con un cierto temor. Pero ello no mengua, ciertamente, mis deseos de colaborar en el presente acto.

En busca de unas razones

Debo explicarles, en primer lugar, el por qué de este temor. No me cupo en suerte, como es el caso de la profesora García Ballesteros, de tener a Manuel de Terán como profesor universitario. Un buen número de los aquí presentes han gozado de esta posibilidad, a veces largos años, prolongada la labor docente del maestro por una tarea orientadora en la investigación. Incluso sé de algunos que le tuvieron ya en la enseñanza secundaria, cuando sin duda la tarea del pedagogo es más acusada y más eficaz.

Tampoco he convivido con Manuel de Terán en un trato cotidiano, como es el caso del profesor Joaquín Bosque Maurel, que me ha precedido también en el uso de la palabra. El trato diario con figuras tan relevantes enriquece extraordinariamente y desde ángulos bien distintos: la preparación y el desarrollo de unas clases o unos seminarios; el comentario de un libro, un artículo o una conferencia; las observaciones en una tesis de Doctorado o en una tesis de Licenciatura; la visita o la excursión compartidas; la larga o fugaz exposición en una lenta o rápida conversación. El maestro siempre siembra y labra. Recuerdo —y precisamente estando presente el profesor Bosque— la brillante y aleccionadora intervención de Manuel de Terán en una tesis doctoral de Geografía regional, en la Universidad de Granada, a mediados del pasado decenio, él —si no recuerdo mal— recién jubilado. Y es que para los auténticos maestros la jubilación, claro está, no existe.

Algunos de ustedes, algunos de vosotros, le habréis tenido —y quizá largos años, por vuestra suerte— en ambos sentidos, como profesor durante un tiempo, luego como compañero y colega. Recuerdo múltiples compañeros, en este sentido, un buen número de ellos aquí y ahora presentes, que le tuvieron a su lado en la Universidad y en el Instituto de Geografía «J. S. Elcano»: Antonio López Gómez, Jesús García Fernández, Ángel Cabo, Julia López Gómez, para citar sólo a quienes conocí a principios y mediados del sexto decenio.

Pero otros sentimientos compensan, si no me equivoco, este cierto temor. Manuel de Terán es una figura cuya trascendencia rebasa ampliamente los círculos cotidianos y normales —la Universidad, las Academias, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas— de su propia actuación. Por otro lado, procuré siempre, desde que le conocí —y de ello hace más de cuarenta años, cuando todavía era yo estudiante universitario—, seguir asiduamente su labor, a través de publicaciones, cursos o conferencias. O a través del trato directo, en numerosas reuniones, incluso en conversaciones. Con motivo de una intervención mía en recuerdo de Lluís Solé Sabarís, una figura que coincidía en numerosos aspectos con Manuel de Terán, hablé del valor pedagógico que algunos maestros saben imprimir a la conversación. Ambos poseían este don.

Incluso propicié, siempre que pude, la posibilidad de estos contactos.

Cuando en julio de 1968 —un año que para los geógrafos catalanes tiene más connotaciones que las corrientes: se inició la lectura de tesis doctorales y, asimismo, la preparación del plan de Especialidad de Geografía—, cuando en julio de 1968, digo, se leyó la primera tesis doctoral de nuestra disciplina, Manuel de Terán fue el profesor de Universidad ajena invitado a formar parte del Tribunal. La tesis de Doctorado era de un discípulo suyo, Bartomeu Barceló. Fue un acto del que conservo un recuerdo excelente, en el que destacó la intervención de Terán.

A estas razones personales que quizá justifiquen mi intervención —aunque menguadas, lo reconozco, respecto a las que podrían aducir un buen número de amigos y compañeros aquí presentes— uno las motivaciones de la institución que represento, la Unión Geográfica Internacional (UGI). Me complace que, inmerecidamente por mi parte, desde luego, a través de mis palabras se refleje el eco de un reconocimiento y homenaje a Manuel de Terán, un amplio reconocimiento que rebasa y trasciende las fronteras políticas o culturales. Este hecho acrecienta mis deseos de participar en este acto y de colaborar desde distintos ángulos en configurar parcialmente —que en modo alguno podemos pensar que alcancemos la totalidad— la extraordinaria figura del gran geógrafo desaparecido.

Las actitudes de la Geografía ajena

Una personalidad tan rica como la de quien estamos tratando sólo puede ser analizada, por parte de quienes estamos interviniendo en este acto, a través de unos determinados aspectos. Se me ha encargado que aluda a las relaciones de Manuel de Terán con los geógrafos extranjeros y con sus concepciones y tareas geográficas. Digamos, brevemente, efectuar unas referencias a las actitudes ante la Geografía ajena.

Porque no puede negarse que existía, por aquel entonces de la juventud de Terán, una Geografía ampliamente desarrollada en varios países cercanos —Alemania, Francia y no sólo los citados, ciertamente— y que iban surgiendo otros focos alejados, en particular Estados Unidos. Contrastaba evidentemente esta situación con la española, carente casi por completo de una enseñanza superior y una investigación geográficas.

Ocurría que ante esta situación, que se manifestaba en distintos aspectos, convenía tomar unas determinadas actitudes. En una obra que estoy ahora terminando planteo estas cuestiones de las relaciones de los españoles con las geografías y los geógrafos extranjeros, que ahora simplemente trato de evocar. Manifestaciones del hecho que estoy señalando eran la necesidad de estudiar y formarse en el extranjero, la realidad de la existencia, en nuestro país, de obras y revistas geográficas ajenas que era necesario consultar, la evidencia innegable de una presencia de geógrafos ajenos que trabajaban

en nuestras tierras. Un inmenso abanico de posibilidades, positivas y negativas, se abría ante el geógrafo español: desde el estímulo y la mejora conceptual y metodología hasta la pura colonización cultural y científica; desde actitudes de recepción y desarrollo propio a otras de puro recelo.

Fueron importantes, incluso decisivas, las actitudes y decisiones de los geógrafos de aquellos tiempos, de los años treinta a cuarenta, ante una situación que no era favorable, en modo alguno, para nuestra disciplina. Desde que le conocí observé con cuidado la posición de Terán en este sentido y aprecié y valoré en lo debido sus observaciones y sus consejos. Intentaré definir algunos de los momentos concretos que me permitieron conocer y juzgar acerca del hecho planteado. Será ocasión también para efectuar algunas apreciaciones propias, posiblemente subjetivas, pero quizá en algún sentido válidas. No es fácil exponer con objetividad y emitir juicios acerca de actitudes que pueden ser complejas y cambiantes y acerca de las cuales muchos de los asistentes podrían aportar vivencias más frecuentes y decisivas.

A Manuel de Terán le conocí en Jaca, en agosto de 1946, siendo todavía yo estudiante. Se trató de un «Curso de Geografía General y del Pirineo» del que he hablado en varias ocasiones. Los profesores, por su origen y formación, eran bien significativos: aparecían representados el que podemos llamar grupo de Madrid (con Manuel de Terán, claro está, y F. Hernández Pacheco), el grupo de Zaragoza (con José Manuel Casas Torres) y el de Barcelona (con Ll. Solé Sabaris, S. Llobet, N. Llopis). Manuel de Terán representaba aquella aventura científica que se había iniciado hacia seis años con el Instituto de Geografía «J. S. Elcano» (CSIC) y la revista «Estudios Geográficos», que comenzó su publicación también en 1940. No faltaban dos profesores extranjeros, tratando de cuestiones generales de la Geografía, en particular de la humana y regional, y aduciendo con frecuencia, a modo de ejemplo, el análisis de varios hechos españoles o peninsulares: se trataba del profesor francés Pierre Deffontaines y del portugués Orlando Ribeiro.

Manuel de Terán aparecía, si no me equivoco, como hombre profundamente enraizado en su propia cultura, en su propia historia y en su propia lengua. Hondamente comprometido en una línea evolutiva temporal que sentía como suya, con un apasionante pasado, unos dolorosos acontecimientos de ayer mismo, una tenue esperanza cara al futuro. Pero una esperanza que a la larga se robustecería, ya que, de un modo y otro, confiaba plenamente en el triunfo de unos ideales que consideraba básicos para la conformación y desarrollo del país.

En nuestra disciplina, la atención a conceptos y métodos de profesores extranjeros, que allí mismo se expresaban, directa o indirectamente, podían asegurar este futuro e indudablemente enriquecer nuestras investigaciones. Terán estaba atento a las novedades conceptuales, metodológicas, de expresión, como nos mostró claramente en dos excelentes cursillos acerca de las representaciones cartográficas de la densidad de población y del pobla-

miento rural. Al enriquecimiento coadyuvaba la posibilidad de las comparaciones, singularmente con hechos que respondían a unas evoluciones históricas de ritmo parecido.

Nuestro autor reflejaba la acusada influencia francesa, representada directamente y en el curso citado por Pierre Deffontaines —discípulo de Jean Brunhes; con una tesis de carácter regional, claro está— e indirectamente por Orlando Ribeiro, antaño ayudante en la Universidad de París. Pero se dibujaba asimismo en sus explicaciones la relación con otras escuelas, que eran también debidamente valoradas. En especial era considerada la alemana, que en Madrid anduvo representada —si no estoy mal informado— por José Gavira. Autores de otras nacionalidades fueron asimismo citados (italianos, portugueses, belgas, ingleses, estadounidenses). Varias veces se mostró su información acerca de trabajos extranjeros, en particular en los dos cursillos antes citados y que fácilmente pueden consultarse por su reciente reedición (véase M. de Terán: *Pensamiento geográfico y espacio regional en España*, 1988, págs. 121-168).

¿Se vislumbraba actitudes que pudieramos llamar de recelo, quizá incluso de rechazo? Yo no lo observé jamás y no creo que se trasluciese en detalle alguno esta posible actitud negativa. Por descontado, se alejaba de toda admiración bobalicona, dado su buen sentido crítico. Parecía, eso sí, que en las aportaciones culturales y científicas que procedía del extranjero seleccionaba aquellos enfoques, métodos y contenidos que concordaban con su sensibilidad y sus objetivos. Con todo aquello que pudiese representar una renovación pedagógica y cultural, a la que él mismo ya había colaborado en su juventud como profesor del Instituto Escuela de Madrid, cuyas raíces arrancaban de la Institución Libre de Enseñanza. Con todo aquello que, en definitiva, pudiese representar, en el campo de la Geografía, una mejora y un enriquecimiento, como antes ya apuntábamos.

Unas observaciones sobre la personalidad

Relaciones posteriores —en el Instituto «J. S. Elcano», como becario; en varias conferencias; en un buen número de conversaciones; en la lectura de sus trabajos, todo ello a lo largo del sexto decenio— me confirmaron lo que había vislumbrado en aquellos primeros contactos en Jaca. Ante lo extranjero, Manuel de Terán incorporaba toda aquella información, puntos de vista, métodos, conceptos que pudieses diversificar, enriquecer, prestar dinamismo a su disciplina. En su caso, todo ello se incorporaba con naturalidad y mesura, sin trauma alguna.

Claro está que se trataba de una personalidad singular, plenamente definida: fuerte a través de una suavidad formal, profundo en la intelección, sensible y delicado en la comprensión. Era flexible y tolerante, aunque reciamente firme en sus convicciones. Recuerdo, a este respecto, unas conver-

saciones con Lluís Solé Sabarís —quizá en otras ocasiones ya les he dicho que suelo asociar con frecuencia estas dos personalidades, que me merecen mi mayor admiración y afecto y a las que encuentro parejas en muchos aspectos— acerca de un problema, la realidad regional o nacional catalana, en el que no andaban inicialmente de acuerdo. Era ejemplar el respeto y la tolerancia que se respiraba en el debate, la delicadeza del trato, la firmeza también de las convicciones.

Otro rasgo de la personalidad de Manuel de Terán era sin duda la calidad de su expresión oral y escrita. También tiene ello una relación con el tema que tratamos. Las lecturas en otros idiomas le planteaban frecuentemente la necesidad de buscar las palabras castellanas precisas y justas y le acuciaban asimismo para definir con exactitud los vocablos castellanos populares, en particular los que pudiesen encerrar un sentido geográfico.

Algunos textos escritos o algunas intervenciones orales de Manuel de Terán constituyen realmente, incluso en su aspecto formal, unas piezas modélicas. Destacan algunas frases, en ocasiones breves, casi lapidarias, bellamente dichas y escritas, con palabras que definían con precisión la hondura de su pensamiento.

Algunas realizaciones

Veamos, dentro de estas relaciones de nuestro autor con los geógrafos y las publicaciones del extranjero, algunos ejemplos que he podido vivir o comprobar, escogidos un poco al azar, simplemente para corroborar algunas afirmaciones o alusiones hechas anteriormente.

Manuel de Terán, atento y receptivo ante lecturas o enseñanzas ajenas, era sumamente sensible, ante las obras de determinados autores. Deseaba, además, que sus alumnos participasen también de estos nuevos enfoques o contenidos. Esta participación compartida entraba indudablemente dentro de su vocación pedagógica. Destacaba, en la escuela francesa, varios profesores de una generación anterior (Pierre Vidal de la Blache, Albert Demangeon, Camille Vallaux, Pierre Gourou) y, entre los coetáneos, Maurice le Lannou. Pero quien posiblemente le llamaba más la atención era Max Sorre, geógrafo ciertamente de una extraordinaria calidad, autor de una *Géographie humaine* repleta de información e ideas, «uno de sus autores geógrafos afines» (Josefina Gómez Mendoza, en *La Geografía española y mundial en los años ochenta*, 1987, pág. 35).

De los autores extranjeros (franceses, alemanes, americanos) que habían publicado acerca de España —hecho al que antes hemos aludido y que se da en Geografía desde finales del siglo XIX y principios del actual—, Terán cuidó de la publicación de traducciones de sus trabajos en la revista «Estudios Geográficos», en la sección «Publicaciones extranjeras sobre España», que apareció con regularidad durante varios años.

En particular, su despacho del Instituto «J. S. Elcano», en Madrid, se convirtió, en el sexto y séptimo decenios, en centro de visitas de geógrafos extranjeros, muchos de los cuales gozaron de su compañía en visitas a la ciudad y en excursiones por las cercanías. Sería interesante una relación de estos geógrafos, algunos figuras muy destacadas en nuestra disciplina, para explicarnos el haz de relaciones e influencias entre autores extranjeros y españoles. Acompañar, escuchar, dialogar, comparar forma parte de este haz de fecundas conexiones entre especialistas de una materia.

En un trabajo anterior aludí ya a las relaciones de los geógrafos españoles con la Unión Geográfica Internacional. Quizá no demasiado inclinado, por temperamento, a las reuniones multitudinarias (Congresos internacionales, Conferencias regionales), Manuel de Terán prefirió el trabajo en pequeñas comisiones, que agrupaban especialistas que coincidían en temas y objetivos determinados. No es extraño, dada su sensibilidad y sus inclinaciones, que la labor de nuestro autor, en este sentido, fuese especialmente eficaz en temas de enseñanza y terminología. Respecto al primero, quisiera destacar su actuación en un organismo europeo en cuanto a la revisión y perfeccionamiento de manuales geográficos de enseñanza secundaria. En la UGI colaboró especialmente en la Comisión dedicada a «Terminología geográfica internacional», en los años 1968-84, con varias publicaciones provisionales o parciales, que culminaron en 1985 con la versión alemana, preparada por Emil Meynen, de un glosario general en siete lenguas (*International Geographical Glossary, Glossaire géographique international*, Stuttgart, 1985).

Un capítulo que conviene destacar es la importancia que Manuel de Terán concedió al complemento formativo de licenciados españoles en universidades o centros extranjeros. Téngase en cuenta que, por los años cuarenta y cincuenta, aparecían numerosas dificultades sociales y económicas en este sentido y que un buen número de colegas suyos y el mismo ambiente cultural y científico de la época no sentían como demasiado acuciante esta necesidad. En realidad, nuestro autor entroncaba, de esta manera, con objetivos y realizaciones que se habían ya configurado claramente en los dos primeros decenios del siglo (Junta de Ampliación Estudios).

Su actitud aparecía como favorable a esta línea, decisiva para un progreso conceptual y metodológico, aunque debía obviarse el problema de una pérdida de valores propios o el peligro de lo que más tarde se llamaría «la fuga de cerebros». Respecto a esta cuestión puedo aportar ejemplos cercanos e incluso personales. Hace poco el profesor Bartomeu Barceló me recordaba la importancia que para él tuvo su estada en París. Yo mismo —y deben perdonarme de nuevo alusiones propias— debo a Manuel de Terán, juntamente con Amando Melón y Lluís Solé Sabaris, la concesión de una beca que me permitió en los años 1953-54 una ampliación de estudios en Burdeos, Estrasburgo y París. Valga la cita como recuerdo y como público reconocimiento.

A modo de conclusión

El punto de partida de mi intervención era el deseo de buscar en la personalidad y la labor de nuestro autor aquellas vivencias y aquellas realizaciones que tuviesen una conexión con las geografías y los geógrafos extranjeros. Creo que las observaciones y los casos y ejemplos aducidos permiten algunas conclusiones válidas. La más amplia y comprensiva sería la afirmación de que, a mi juicio, Manuel de Terán constituye un excelente ejemplo para nosotros de relación, de diálogo, de comercio en ideas y en proyectos.

De nuevo me veo forzado ahora a establecer un claro paralelismo con Lluís Solé Sabaris, salvando, claro está, diferencias personales y del mismo ambiente social y cultural en que ambos se movieron. Es sintomático, me parece, que cuando los dos coincidían como profesores de enseñanza secundaria en los Institutos Escuelas de Madrid y Barcelona, respectivamente, en el cuarto decenio, ambos coincidían ya en actitudes e ideales semejantes, en ocasiones idénticos. Tengo para mí que los dos han desempeñado, respecto a las dos posteriores generaciones de geógrafos españoles y en cuanto al problema que nos atañe, un papel semejante.

En efecto, creo que Manuel de Terán, respecto al problema central que nos ocupa, preparó a mi generación —la que alcanza ya una clara responsabilidad en el séptimo decenio— para unos contactos fructíferos con las geografías y los geógrafos extranjeros. Nos ayudó, pienso que para quienes quisieron aprovecharlo decisivamente, a captar las calidades que se encerraban en disertaciones y publicaciones de geógrafos ajenos. Fue un modelo también de como estas aportaciones podían integrarse positivamente en el acervo cultural de cada uno. Claro está que la extraordinaria cultura de Manuel de Terán convertía su ejemplo en algo difícilmente transferible o repetible.

El que hayamos sabido seguir y aprovechar esta lección es ya responsabilidad de mi generación o de la que nos sigue. El profesor Joaquín Bosque en la introducción a una obra ya citada (*La Geografía española y mundial en los años ochenta*, pág. 14) se refiere a la Conferencia Regional que la UGI celebró en España a finales de agosto y principios de septiembre de 1986. Yo creo que Manuel de Terán se hubiera sentido satisfecho de ver reunidos en nuestro país a más de un millar de geógrafos, la mayoría extranjeros, en 32 comisiones, grupos de trabajo y estudio y en 15 localidades españolas, o a cerca de 600 en la Sesión de Barcelona.

Como geógrafo español, como vicepresidente de la UGI, siento una especial emoción al unirme a este recuerdo y homenaje al profesor Manuel de Terán y os agradezco entrañablemente, a quienes me habeis invitado, la posibilidad de manifestarla de una manera abierta y pública.